



ARTES

FOTOGRAFÍA II ENTREGA DEL ENSAYO FOTOGRÁFICO DE IÑAKI BERGERA SOBRE PANTICOSA

Arquitecturas y fantasmas del balneario

LIBRO Y EXPOSICIÓN

Memoria de Panticosa

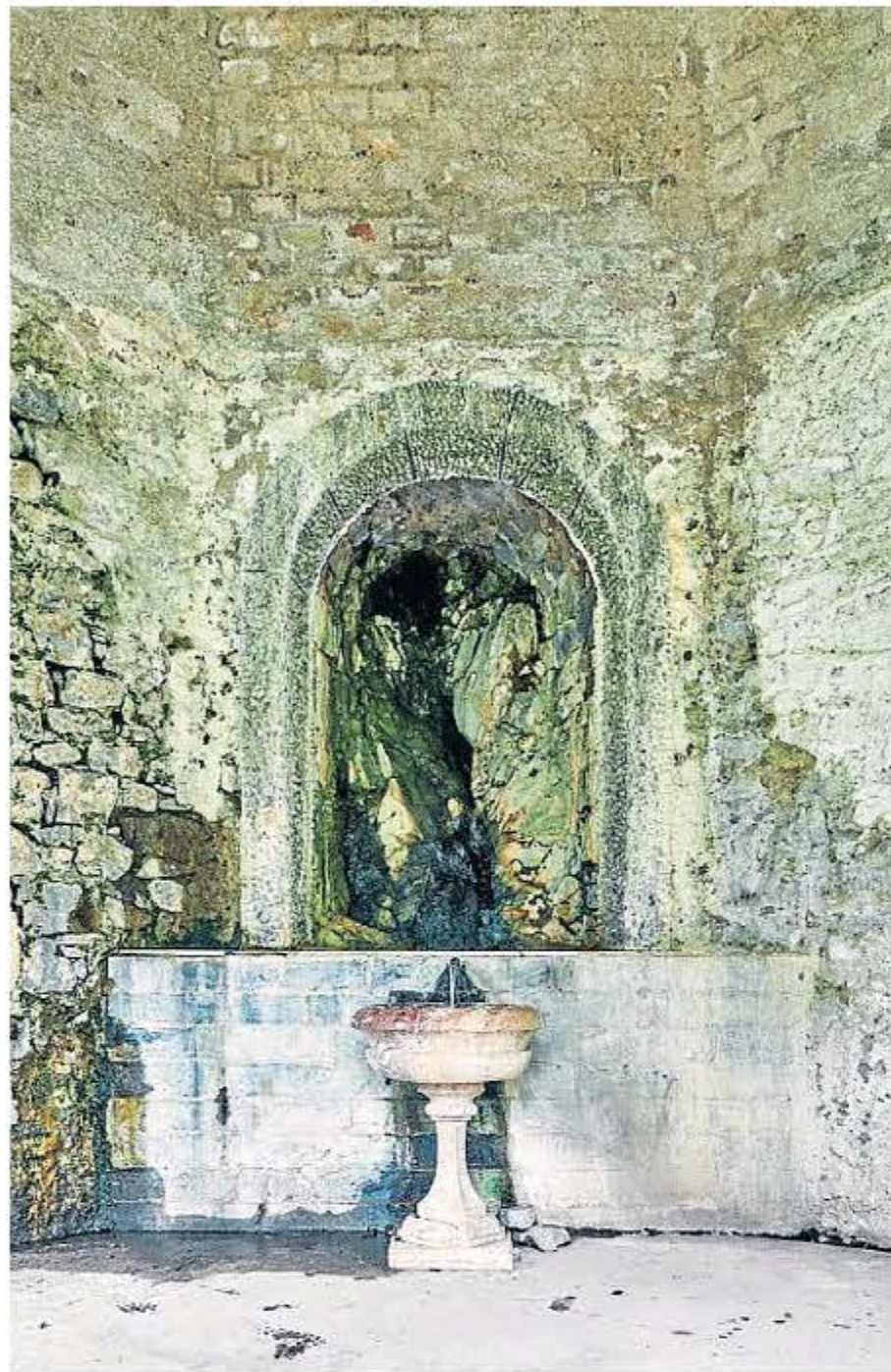
Fotografías de Iñaki Bergera.
Galería La Casa Amarilla.
Paseo de Sagasta, 72 (entrada por Gascón de Gotor).
Hasta el 17 de junio.

Esta nueva exposición de Iñaki Bergera podría parecer segunda parte de aquella otra de hará dos años, 'Panticosa: territorio y arquitectura en conflicto', que se vio en esta misma galería, en La Casa Amarilla. Se trata del mismo objeto de escrutinio fotográfico: el Balneario de Panticosa. La exposición del 21 fue un ensayo sobre la vanidad de la arquitectura. 'Standstill architecture', 'Arquitectura estancada'.

Imágenes de los ambiciosos proyectos a medio resolver del Balneario, firmados (para mayor inri) por arquitectos de postín, congelados por la crisis de 2008, y que sólo parecían servir para perturbar una naturaleza que, poco a poco, iba invadiéndolos y humillándolos. Protagonista entonces, la rara belleza del despropósito. En esta segunda entrega, sin embargo, es otra la arquitectura y son otros los estragos que apreciamos. La naturaleza es mucho más benévola con estas otras arquitecturas abandonadas, las decimonónicas, objeto de atención ahora, templetos, fuentes que, por lo menos, fueron disfrutadas por nuestros tatarabuelos. Su carácter historicista, a sabiendas o no, emulaba aquellos simbolismos arcanos propios de arte griego y romano. Varias de estas modestas construcciones, el octogonal Templete de la Laguna, por ejemplo, podrían imaginarse en algún paisaje de excusa mitológico, como los de Claudio de Lorena.

El muy mercantil siglo XXI ya había supuesto, en cualquier caso, una devaluación cómica de los mitos. Las fuentes de la antigüedad las tutelaban diosas. Los templetos de Panticosa estaban dedicados al estómago o al hígado. Médicos e higienistas reemplazaron a sacerdotes y a pitonisas. Las montañas sanadoras, como la de Thomas Mann, exigirían elevarnos, en la modernidad, a un nivel de lectura arquetípico.

El siglo XIX invita a la nostalgia, pese a todo, nostalgia posiblemente motivada por las contradicciones presentes. Las fotografías de Iñaki Bergera nos pondrán, rápidamente, en modo literario. Los balnearios no pueden



ser un espacio más novelesco. Dada la condición triple (como poco) de su autor como fotógrafo, arquitecto y teórico, me he visto conducido a recuperar de la estantería, de entre las opciones literarias, el 'Austerlitz' de Sebald, donde la fotografía es tan importante, y donde lo es también la arquitectura, y donde uno de los personajes, una mujer, se dedica, en concreto, a investigar el desarrollo de los balnearios europeos. Se evoca en este libro el Marienbad del XIX, y a sus enfermos deambulando «por los sinuosos senderos de un templo de manantiales a otro».

Centroeuropes, como Marienbad y Sebald, son algunos referentes fotográficos de Iñaki Bergera. Él mismo ha confesado su deuda con la escuela de Düsseldorf, que parte de los Becher y cuenta con Candida Höfer o Andreas Gursky como nombres destacados. Los templetos y

fuentes de Panticosa, siguiendo ese modelo, estarán vacíos de gente, o al menos, de gente viva, pues sí que se convoca a los fantasmas, y en dos grados al menos, a los veraneantes del ayer, paseando con sus vasos en busca de curación, y a los espíritus protectores de los manantiales.

Nacido en Vitoria en 1972, Iñaki Bergera es catedrático de Proyectos Arquitectónicos en la Universidad de Zaragoza. Su obra fotográfica

nace de sus experiencias como montañero, pero le ha llevado a otros ámbitos, relacionados con la Arquitectura y la taxonomía de los lugares. Las relaciones entre Fotografía y Arquitectura configuran, por otro lado, su campo de investigación teórica. De este mismo año, su último libro al respecto: 'Fotografía y arquitectura. La imagen del espacio construido' (editorial Turner).

ALEJANDRO RATIA



DIÁLOGOS DE CANOGAR Y SERRANO EN 'EL PASO'

Compromisos informales (más o menos) con lo real

PINTURA Y ESCULTURA

Diálogos informalistas

'Rafael Canogar visita a Pablo Serrano'. Comisarios: Lola Durán y Fernando Castro-Flórez. IAACC Pablo Serrano. Hasta el 29 de enero de 2024.

Rafael Canogar (Toledo, 1935) es el único de los miembros de 'El Paso' que sigue vivo. Pero debe reconocerse que él era escandalosamente joven (22 años) cuando se creó el mítico grupo, 1957. Pablo Serrano (Crivillén, Teruel, 1908 - Madrid, 1985) resultaba ser, por el contrario, el mayor entre sus miembros.

A finales de los cincuenta, comienzos de los sesenta, varias exposiciones relevantes contaron con ambos artistas. Un espectacular desembarco español en el MOMA Neoyorquino, año 1960, por ejemplo. O la Bienal de Venecia de 1962. El IAACC Pablo Serrano ha tenido la buena idea de reunir obras de Canogar y Serrano datadas por entonces. Estos compañeros de viaje podrían ser padre e hijo en cuanto a edad, pero los aproximaba su sintonía con aquello que se llamó 'el Informalismo'. 'Expresionismo Abstracto' a la europea que dirían los visitantes del MOMA. Se entiende que obras tan contundentes como el 'Vertebrado' de Canogar, estrella de esta exposición, dejaran convencido al público internacional.

Asumiendo esa sintonía, es difícil no percibir de modo muy distinto los trabajos del joven pintor y los del escultor maduro. Los de Serrano, tienta analizarlos mirando hacia atrás, partiendo de las vanguardias y, sobre todo, de Julio González o Ángel Ferrant. Los de Canogar, tienta analizarlos como pronósticos.

Unos pequeños e interesantísimos hierros de Serrano,

no, de mediados de los cincuenta, vienen a sorprendernos con su limpia irracionalidad. El titulado 'El paso de la laguna Estigia' llega acompañado de un dibujo que refuerza el vínculo con Julio González. Pero también tenemos una de sus 'bóvedas', de 1961, donde el personaje deja de ser punto de partida, y se opta por el esbozo del abrigo, del espacio habitable.

En Canogar se aprecia, en embrión, la obra que desarrollaría tras la muerte de Franco, pintura en diálogo consigo misma, con los planos, con las formas básicas, con la su-



perficie, preocupada por la estructura. Esto se anuncia, sobre todo, en una excelente serie de papeles que invitan a pensar en Motherwell, protagonizados por estructuras planas negras y por recorres de periódico pintarrajeados. Este elemento de realidad, el collage, anuncia también su interludio realista, cuando el simbolismo del negro y el grito metafórico del garabato dejarán paso a presos aporreados y obreros en huelga.

Interesantes las declaraciones del joven Canogar hacia 1962: «El estilo de nuestra época puede sorprendernos por su estilo caótico. Y, sin embargo, quisiera tener los pies en la tierra, estar en contacto con la realidad, crear formas orgánicas, vivas, porque el arte ya no puede (y hoy menos que nunca) deshumanizarse». Unas palabras que pudo haber firmado también Pablo Serrano, quien construía en paralelo sus 'bóvedas para el hombre'.

De esta exposición debe señalarse lo afortunado del diseño, su adecuación a un espacio incómodo. Parece imitar a los diseños de la época a la que retrocedemos, tan elegantes como demuestra la documentación aquí exhibida. El estilo internacional del MOMA y la tipografía exquisita de folletos y carteles servían en bandeja la radicalidad expresiva.

A. RATIA

De la exposición debe señalarse lo afortunado del diseño, su adecuación a un espacio incómodo